



# El barrio de Santo Domingo y sus estrellas

Silvia Molina

*El barrio de Santo Domingo es uno de los lugares más alucinantes del Centro Histórico de la Ciudad de México. La escritora Silvia Molina, autora de La mañana debe seguir gris, El amor que me juraste, La familia vino del norte, entre muchas otras obras, explora, desde la mirada privilegiada de la escritura, este extraordinario lugar.*

Trabajo desde hace tres años en la calle de Brasil, esquina con Colombia en el Centro Histórico de la Ciudad de México, a un ladito de la Iglesia de Santo Domingo, fundador de la orden de los dominicos, gran amigo de san Francisco de Asís, al que representan con una estrella en la frente o en su aura. Ahí se encuentra la Coordinación Nacional de Literatura del INBA.

Camino por esos rumbos temprano, antes de que lleguen los vendedores ambulantes que cerca de las once empiezan a sacar su mercancía de las casas y vecindades de las Repúblicas de Perú, de Bolivia, de Colombia y de Venezuela, y de la calle de El Carmen, en diablitos que atropellan sin distinción al que se cruza en su camino:

—Ábrase, señora, ábrase, ábrase...

—Fíjate por dónde caminas...

—¿Cómo no quiere que le llegue si se mete en mi camino?

—¿No ve que aquí vengo?

—Ni que no pesara lo que llevo para andarte viendo, güey.

Y allí van, siguen adelante, no pasa nada, cuando mucho se mientan la madre de lejos, pero cada quien sigue su camino de prisa, unos para llegar al trabajo, otros para comenzar a montar sus puestos de trabajo. La gente los ignora.

A esa hora, los empleados de los comercios establecidos de la zona —joyerías, tiendas de ropa o de artículos electrónicos o fotográficos y pequeñas imprentas— levantan las cortinas de metal de sus tiendas y le sacan la mugre a las banquetas: las barren a conciencia chiflando las canciones que al rato los atosigarán porque en los puestos de música pirata sonarán una y otra vez a todo volumen: rumbas y cumbias, música tropical, pegajosa.

Las empleadas lavan las calles con cepillo y a cubetazos de agua enjabonada para deshacer la grasa de los tacos o de las carnitas, la mugre del ajetreo de los comerciantes informales: una realidad hasta hoy inevitable. Barren, limpian, friegan, chaca chaca, chaca chaca, cepillazo tras cepillazo, para que los ambulantes vuelvan a ensuciar en el transcurso del día. A diario la misma historia, la rutina



Pedro Gualdi, *Plaza de Santo Domingo y Aduana en México*, 1841

del trabajo. Así comienza su día, su ejercicio matinal.

Después de las once y media de la mañana ya no se puede pasear ni ver una fachada, una ventana, una hornacina, un vestido de novia en un aparador, una mecedora en una mueblería o meter las narices en un patio, un zaguán, una privada o una vecindad.

Ni soñar con caminar hasta La Lagunilla fisgoneando los edificios, ver los aparadores de las tiendas de trajes y botones de charro, de vestidos regionales y de vestidos y crinolinas de quinceañeras. La gente te empuja, tiene prisa, te hace a un lado, se para en los zaguanes mientras su acompañante curiosear las mercancías, los juguetes por mayoreo, las chanclas. Si llegas hasta el mercado de muebles de La Lagunilla entrarás en un remanso y un entretenimiento dive rúdo: sillas, mesas, comedores, muebles de sala de todos los estilos, de todos los precios, de todas las calidades.

Si ya no vagaste temprano, será hasta el otro día porque luego de las seis y media de la tarde, los ambulantes han dejado tanta basura en calles y banquetas que da desazón y tristeza pasar por allí y reconocer que nadie asea su pedacito ni coloca la porquería en un contenedor, al fin y al cabo pasarán las máquinas del Gobierno del D.F. en la madrugada, a llevarse papeles y papeles, montañas de papeles, bolsas de plástico, vasos y platos de cartón, hojas de tamal, cajas y cartones...

A esa hora, caído el sol, huele mal, de las coladeras sale un olor a descomposición y da miedo errar por allí porque es el tiempo de las pequeñas bandas de mariguanos y viciosos, de los "pirados" y teporochos que duermen en el atrio del templo de Santo Domingo de Guzmán.

—Cáite con unos pesos para mi viaje, ¿no?

—¿Tu viaje?

—Para volar bien lejos, hasta Tailandia.

—¿Dónde está eso?

—¡Uta!, hasta casa de la...

Un día le contesté a un borrachín:

—¿Para llegar a la luna?

—Si serás..., ¿no me ves?, ¿no ves que de allá soy?

—Me calló.

De mañana, en cambio, es de verse el alboroto de la gente y la vida que despierta en las calles; sobre todo, cuando uno descubre a los fuereños llegar buscando un local, una mercancía, un sitio de interés, o a los turistas admirando la variedad de nuestras construcciones y costumbres: se detienen en los puestos de jugo de fruta a observar las pilas de colores de las naranjas y las papayas, de las sandías y las manzanas, miran a los escribanos y prensistas de los portales de la Plaza de Santo Domingo abrir sus máquinas de escribir antidiluvianas para interpretar formalidades, sueños o angustias, estudian la fachada de la iglesia, disfrutan de los patios de las casonas coloniales, admiran los milagritos que se venden a la entrada de los templos: corazones, piernas, brazos, manos, estampitas.

Es bonito ver cómo van llegando a la explanada de la iglesia los boleros, empujando sus puestos, convirtiéndolos en un espacio sombreado y cómodo para que su clientela estire los pies y lea mientras ellos le dan bola a los zapatos gastados y arenosos. Es dive rúdo verlos sacar de sus cajones las franelas azules y rojas para lustrar, cremas, betunes, cepillos y brochas. Sacuden el toldo de las sillas con cuidado, sacan sus banquitos, se sientan a esperar. Esperar es su sino. Ellos son los primeros lectores de los periódicos que ofrecen a sus clientes, mientras les cae del cielo su clientela.



Iglesia de Santo Domingo

—Somos limpiadores de calzado, señorita —me dijo don Félix, mientras me daba *La Extra*—. No somos bo-  
leros. Limpiadores de calzado. ¿Quiere leer?

En la silla de palo hice como que leía, pero observé a mi alrededor y me rendí ante la belleza de la plaza: vi cómo iban llegando los trabajadores del Museo del Palacio de la Antigua Escuela de Medicina, de la Secretaría de Educación Pública. Miré al fondo la antigua casona del que fuera el primer cirujano de la capital de la Nueva España, y me solacé con el Portal de los Evangelistas, más antiguo que los edificios que lo circundan.

No puedo creer que un día de 1861 haya desaparecido el convento de Santo Domingo. Así, pum. Entraron los picos y las palas y lo echaron por tierra, con el objeto de abrir una calle que no daba a ningún lado. Claro, atrás estaban las Leyes de Reforma.

La Plaza de Santo Domingo fue, desde tiempos de la Colonia, la más hermosa y mejor conservada del Centro Histórico, después de la Plaza de la Constitución. Yo creo que todavía podemos cuidarla y mantenerla digna y orgullosa de lo que ha sido. El convento de los dominicos se distinguió, precisamente, de los otros que estaban en el corazón de la ciudad porque a la iglesia le construyeron una plaza especial, como lo demuestra el plano más antiguo que se conoce del lugar, que es indígena, hecho por Alonso Santa Cruz en 1555.

Cuenta Francisco Cervantes de Salazar, en 1554:

El monasterio es de gran extensión y delante de la iglesia hay una grandísima plaza cuadrada, rodeada de tapias y con capillas en las esquinas. Al frente hay una plaza y la calle acaba por ambos lados en casas magníficas.

Desde el siglo XVI, la Plaza de Santo Domingo existió tal y como la vemos, aunque sus edificios han variado. Para 1716 el atrio del convento había perdido sus capillas posas; el Palacio de la Inquisición no era exactamente el que ahora vemos; en el edificio de la Secretaría de Educación Pública había casas que se derribaron para levantar allí la antigua Aduana; y los portales aunque no idénticos ya existían desde el siglo XVII.

En 1716 se empezó a hundir la primera iglesia de Santo Domingo, por lo que en 1720 fue demolida y se aprovecharon los cimientos de sus muros para edificar la nueva que hizo gala del estilo barroco que vemos ahora. En el Palacio de la Inquisición estuvo preso fray Servando Teresa de Mier durante la Guerra de Independencia y fue sepultado en la iglesia de Santo Domingo aunque sus restos ya no descansan allí; y también en la Antigua Escuela de Medicina ahora convertida en museo, se suicidó, hay que recordarlo, el poeta Manuel Acuña.

—Mi clientela —me contó don Félix el bolero—, es mayoritariamente de varones. —Así dijo: varones—. Las damitas son ordenadas y ahorradoras, y limpian el calzado en su casa.

¿Me estaría diciendo desordenada y manirrota?

Un día quise alquilar un departamento al otro costado de la iglesia de Santo Domingo, en la cerrada de Leandro Valle, ya que la mayor parte de mi trabajo de promoción de la literatura lo desarrollo por la tarde y no me da tiempo de ir a mi casa a comer sano. Me quedé azorada de lo que descubrí. La persona que me mostró el piso me dijo, como si fuera lo mejor del lugar, que tenía cuarenta metros de tendedero. “Tender la ropa al sol ha de ser un problema”, pensé. “Por eso me vende esa ventaja”. Creí que el tendedero estaría en la azotea, pero me

di cuenta, al subir al tercer piso, que amarraban de la herrería del corredor que da al patio principal las cuerdas y mecates para tender la ropa, de tal manera que de ida y vuelta, de ida y vuelta, de ida y vuelta de un extremo al otro del barandal se completaban los metros anunciados. Vi de todo: calzones, camisas, brasieres, calcetines, pañales. Pe rolo que en realidad quiero contar es que al poner los pies en el departamento me mareé, sentí algo raro, hasta que me di cuenta que el piso no era plano. Estaba yo parada sobre un ángulo de 45 grados o un poco más. Saqué el tubo de la pintura de labios de mi bolsa y lo puse en el suelo: rodó deprisa al extremo del balcón que da al costado de la iglesia, lo que queda del primer convento dominico de la Nueva España y del que sólo sobrevive, además de Santo Domingo, la capilla que está en la esquina de Belisario Domínguez, llamada del Señor de la Expiación. Capilla que siempre está cerrada por su ruina.

—¿No se mareó? —pregunté.

—A todo se acostumbra uno —fue la respuesta.

Una vecindad en declive y sus habitantes como si nada. ¿Cuántas viviendas estarán por el estilo en el Centro Histórico? Al salir, sorprendí a los asiduos de la calle de Leandro Valle durmiendo su siesta o bebiendo aguardiente: unos cuantos prensistas en unas casetas pequeñas y un grupo de teporochos y vagos que viven en el atrio de la iglesia con todo y su tambalache de trapos y desperdicios. Se amparan en los muros de la iglesia. Los mismos muros que protegen un dispensario, el de San Martín de Porres que da consulta por treinta pesos, y donde entré de prisa a refugiarme de un teporocho que me perseguía insistente.

En el dispensario hay tres médicos especialistas en medicina familiar, y además una clínica dental y un laboratorio de análisis clínicos. Me senté en una banca de espera junto a una viejita y un señor de mediana edad. Por el corredor iban y venían dos niños cuya mamá estaba en consulta. “A ver qué pasa aquí”, me dije.

Y lo que pasó fue que salió una doctora y me dijo que era mi turno. Me dejé llevar.

—Trabajo por acá, por este rumbo. Sólo vengo a que me tome la presión. Estoy mareada. Entré al departamento de enfrente, en el tercer piso, ése que rentan. Está completamente inclinado, y me quedé así, mareada. No sé si sea la presión.

El consultorio pequeño estaba impecable, ordenado. Tenía bien la presión, pero me preguntó que si no molestaba la colitis: “A todo se acostumbra uno”, recordé.

La doctora me dio una receta:

—Que se la surtan en la farmacia.

Caminé al mostrador de una bodeguita de medicinas. Me regalaron una muestra médica. Me despedí de mis compañeros de la banca de espera.

—San Martín la tenga sana y si no, se lo reclama —me dijo la ancianita que se quejaba del dolor de piernas.

—¿No pasa usted con la doctora? —le pregunté.

—No, yo estoy esperando a la geriatra.

En el interior de la iglesia de Santo Domingo, por cierto, hay cuatro maravillas: una escultura colonial de Nuestra Señora de la Bien Aparecida que lleva un bastón de mando virreinal, el retablo dedicado a la Pasión de Cristo con pinturas de fray Alonso López de Herrera, el Señor del Rebozo que cada aniversario colocan en el altar principal y hace gala de la variedad y del colorido de los rebozos que le regalan sus fieles, y un Santo Domingo que acaba de ser adquirido por el padre Julián Pablo Fernández, el prior conventual del templo.

Trabajo en una casa del siglo XVIII c u y terreno formó parte de las propiedades de Cuauhtémoc, luego de los dominicos, después de la Santa Inquisición; más adelante perteneció a Leona Vicario y a Andrés Quintana Roo, luego fue del pintor Juan Cordero y posteriormente de la familia de Campillo Sainz que se la vendió al INBA.

Mis conocidos del barrio, los personajes que veo a diario en mi zona son ambulantes (Martita, se llama la secretaria del “líder” de mi calle. Por su conducto pido que le bajen el sonido a la música pirata, y si de plano no hacen caso, hablo a la Delegación y por un rato parece que no existen las bocinas, entran en cintura), franeleros y bicitaxistas (siempre nos toman por sorpresa porque también manejan en sentido contrario).

En mi cuadra hay una franelera con la que discuto con frecuencia, ni modo. Acomoda autos en segunda fila. Una tarde que no podía sacar la vieja camioneta que tengo asignada del frente de mi oficina porque ella había estacionado un coche en doble fila, me dijo: “Maestra, ¿quiere que le demuestre que tengo peor vocabulario que su policía?”. Sonreí y le contesté que le creía, pero de todas maneras me lo demostró. Sin embargo, todos convivimos, no sé como, en armonía, porque al día siguiente, nos saludamos cortésmente, así como las empleadas del comercio establecido limpian y limpian las banquetas a cepillazos para que se vuelvan a ensuciar: buenos días, buenos días, buenos días, y a recomenzar como la gran familia del barrio.

Mis otros vecinos, más interesantes, son los “evangelistas” o escribanos —ésos que todavía hoy redactan, bajo los arcos de los portales de la Plaza de Santo Domingo, amparados por la sombra, cartas a la gente analfabeta y que han sido suplantados por pequeñas y grandes imprentas que no se ven a simple vista porque operan en los edificios de la zona de manera clandestina imprimiendo lo mismo un título apócrifo que una invitación a una boda o a un bautizo, y que si te ven en busca de algo indefinido te asedian:

—Facturas, credenciales, licencias, títulos, cédulas, invitaciones, tesis...

La Plaza de Santo Domingo y la calle de Belisario Domínguez son, apenas, una muestra de lo que es la

oculta industria de la impresión hecha, por lo general, en viejos linotipos y talleres de imprenta, con prensas manuales, y algunas ya modernas con computadoras e impresoras láser. En la plaza hay una fuente, y en el centro una escultura de doña Josefa Ortiz de Domínguez, la corregidora de Querétaro. Me deprime verla allí sentada, observando el muladar que la rodea y la peste que respira al mediodía cuando los basureros se desbordan junto a su fuente. Es una lástima que la plaza no se pueda apreciar en su conjunto por los vendedores que la invadieron hace tiempo. El nombre oficial de la plaza es, por cierto “23 de mayo” en recuerdo del mitin estudiantil de 1929, el que exigía la autonomía universitaria.

Mi rumbo es también el de la Antigua Aduana, hoy enfrente de Brasil, de las oficinas de la Secretaría de Educación Pública, en cuya escalera barroca destaca la pintura de David Alfaro Siqueiros llamada *Patricios y Patriotas*. La Secretaría de Educación da también a la calle de Argentina y nadie se debe perder los murales de Diego Rivera, Jean Charlot y Amado de la Cueva porque son visita obligada del lugar. Los murales lucen en los tres pisos, en las escaleras y en la planta baja del lado norte: la vida cotidiana del campo y los obreros, fiestas y costumbres, artes, oficios, temas nacionales... La SEP fue fundada por José Vasconcelos en lo que fuera el Convento de la Encarnación.

El barrio de Santo Domingo, tiene otros prodigios: La casa de Diego y Pedraza en la esquina de Brasil y Cuba, un edificio del siglo XVIII convertido en comercios; el templo de la Enseñanza, en la calle de Donceles, dedicado a la Virgen del Pilar; en la calle de Justo Sierra, que fue parte del convento de mujeres del mismo nombre, se encuentran unos retablos que están muy bien conservados y embellecidos con pinturas de Andrés López y cuyos coros de monjas son sobresalientes; y las librerías de viejo de Donceles donde es posible, si uno tiene calma, encontrar una aguja en un pajar.

Todas las ciudades tienen sus leyendas, y los barrios no se escapan. Cuando en la mañana me enfilo hacia la calle de Brasil, saliendo del Zócalo por Monte de Piedad, voy al encuentro de nuestra leyenda: Dicen que los hombres y las mujeres que fueron torturados por la Santa Inquisición rondan por allí, sobre todo de noche; y que es frecuente que de día caminen hacia la iglesia de Santo Domingo vestidos en harapos llorando por sus familiares; y que esos teporochitos que anidan en las bancas de la explanada de la iglesia o en sus escaleras conversan con ellos cada vez que cae el sol. Dicen también que como Santo Domingo es el patrono de los astrónomos, cada 8 de agosto, día del santo, si uno observa el cielo desde la explanada de la iglesia de noche, puede ver en el cielo una hermosa lluvia de estrellas.

En la casa donde trabajo, que fueron las cocheras del antiguo Palacio de la Inquisición, no se oyen lamentos



Maniqués demandando sus vestidos en el barrio de Santo Domingo



Escribanos en los portales de la plaza de Santo Domingo



Fuente de La Corregidora en la plaza de Santo Domingo

ni lloros, pero sí se escuchan las campanas de las iglesias vecinas: suenan llamando a misa y me recuerdan mi niñez de pueblo y que trabajo en un barrio tradicional del Centro Histórico, en el que todavía, a pesar de todo, los vecinos van a misa con toda tranquilidad, pasan a comprar pan o tortillas para el almuerzo, y regresan a encerrarse en sus vecindades, a esperar que anochezca para que sus calles vuelvan a la paz que tanto añoran. U